#HIPER CONECTADOS

Por Lucía Taboada

En una relación estable con Internet

Lucía Taboada

#HIPERCONECTADOS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título: *#Hiperconectados*

Primera edición: noviembre de 2015

© Lucía Taboada Vázquez, 2015

© de las ilustraciones de interior y de cubierta, Ester Córcoles Moncusí, 2015

Diseño de interior y maquetación: Estudio Idee

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-14707-7

Depósito legal: B. 24.123 - 2015

Impresión y encuadernación: Talleres Gráficos Soler S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

El 3 de abril de 1973 Martin Cooper llamó a Joel Engel desde la Sexta Avenida neoyorquina: «Joel, this is Marty. I'm calling you from a cell phone, a real handheld portable cell phone». Fue la primera llamada documentada de la historia. Martin Cooper era directivo de Motorola y Engel, ingeniero de Bell Labs, su máximo competidor en el sector. Es bueno tener a tu enemigo cerca, especialmente para restregarle tus éxitos. El aparato era robusto, inmanejable. Pesaba 790 gramos, tenía 8,9 centímetros de grosor y 33 centímetros de altura. Para completar su carga se necesitaban diez horas. Mientras Martin andaba con gracejo los transeúntes se paraban a su paso: resultaba *jamesbondiano,* futurista, ver cómo alguien en movimiento podía estar realizando una llamada telefónica.

En una entrevista concedida a la BBC, Martin Cooper explicó cómo con esa primera llamada llegaba la libertad: «Los teléfonos móviles son sinónimo de libertad. Me alegra haber impactado en la vida de las personas porque los teléfonos móviles han hecho sus vidas mejores. Promueven la productividad, hacen la vida cómoda, consiguen que la gente se sienta segura».[1]

En 2020 seremos unos 4.600 millones de personas las que tengamos un teléfono móvil —o varios, en el peor de los casos— permanentemente pegado a nuestra mano, con un sitio privilegiado en nuestras mesillas y almohadas. Hay muchos recuerdos maltratados por el tiempo pero el primer beso, la primera borrachera y el primer teléfono móvil no se olvidan. El mío, como el de casi toda mi generación, fue un flamante y sumamente discreto Alcatel One Touch Easy amarillo. Alcatel tochazo, en jerga popular: podía verse desde la Estación Espacial Internacional. Llegó a mi vida con el efecto 2000, cuando tenía quince años y todos mis compañeros de clase ya se enviaban SMS a escondidas bajo el pupitre, aguantándose la risa. Yo

seguía malviviendo con el teléfono fijo y con visitas furtivas a la cabina de Telefónica situada enfrente de mi casa, donde hacía acopio de monedas de 25 céntimos como Tom Hanks en *La terminal*. En ocasiones espiaba a mi hermana a través del teléfono inalámbrico mientras hablaba con sus amigas, agazapada en la sombra, y sospechaba que ella podría hacer lo mismo, aunque mi vida era francamente menos interesante. Cuando la voz que había al otro lado de la línea era la de un chico, se producían incómodos e inmoderados silencios en las comidas. Con quince años no había nada más importante en tu vida que si te llamaba un chico a tu casa no cogiese el teléfono fijo tu padre. Como en los teletipos que se intercambiaban la Casa Blanca y el Kremlin durante la guerra fría, había que elegir muy bien qué contabas. «Me ha llamado para unos deberes», solía ser la excusa elegida.

Mi vida social dependía de hacerme con un teléfono móvil. La ausencia del artilugio te condenaba al ostracismo. Romances de todo tipo florecían en las ondas. Confidencias de las que no era partícipe se transmitían de terminal en terminal. Cuando hablaban de términos como «carcasa» o «batería» yo sonreía distante, con la displicencia del que se siente fuera de lugar. Me costó meses convencer a mis padres de las bondades del revolucionario invento hasta que terminaron cediendo, sabían que toda resistencia resultaría inútil. Fue mi regalo de Reyes. La noche anterior, consciente de que en la planta de abajo estaba envuelta mi garantía social, apenas pude dormir con la respiración agitada. Tener el último modelo de teléfono móvil era sinónimo de inmunidad diplomática.

Por mi clase comenzaron a circular los Nokia 3210, el Ericsson R310, el Ericsson T10, el Nokia 3310 o el Nokia 8810, que vino de la mano de *Matrix*. No permitían el uso de datos, pero a cambio poseían una solidez propia del dibororrenio y la capacidad de resistir días sin apagarse. Eran el equivalente inalámbrico de Chuck Norris en *The Delta Force*. De hecho, es probable que alguno de ellos siga encendido, sepultado entre cables enmarañados, en algún cajón.

FUIMOS TODA UNA GENERACIÓN UNIDA POR:

- **El teléfono móvil con antena.**

- **El teléfono móvil con antena que se podía desenroscar (esto, sin ningún ápice de dudas, daba puntos extras).**

- **El teléfono móvil cuya antena era más grande que la pantalla.**

- **El Nokia tune.**
  En 1992 Nokia lanzó un spot televisivo en el que se ve a un hombre sentado en un banco, vestido con un traje amarillo, hierático, con un ramo de flores. Mira el reloj, se impacienta, suspira y tira el ramo antes de levantarse y marcharse. A su lado, otro señor trajeado lee el periódico. Al ver el ramo en el suelo lo recoge. Entonces la música de fondo reproduce por primera vez esa melodía que ya forma parte del imaginario cultural de los siglos XX y XXI: tinini-tininini-tinininini... los universales acordes del Nokia tunes y una voz en off subraya un lema: «Nokia, it remembers because it's human to forget».

- **Los politonos.**
  Los primeros esbozos de viralidad llegaron con los politonos, en su origen con formato MIDI (musical instrumental digital interface). Básicamente pagábamos para que David Bisbal, Chenoa, Chiquito de la Calzada, Don Omar, Tokio Hotel o un bebé riendo sonasen en nuestro teléfono móvil. Así de inconscientes éramos en los tiernos años noventa. Pasaron de ser un capricho adolescente a un negocio que llegó a mover millones de euros, nos fundió el saldo y generó una absurda competición por el vibrato más original.

- **El cortejo de pago.**
  «¿Tienes novio? Envía "Amor" al 5555 y le llegará un mensaje romántico de tu parte.»

  «¿No sabes cómo declararte? Envía "Declararte" al 5555 y sorpréndele.»

- **El asterisco.**
  Pulsa * para desbloquear.

- **Las baterías que salían propulsadas tras cualquier caída.**

- **Los SMS.**
  El primer mensaje de texto a través de una red celular se envió hace más de veinte años, el 3 de diciembre de 1992. Lo mandó el ingeniero Neil Papworth, del Grupo Sema, desde un PC, a su colega Richard Jarvis, de la operadora Vodafone, en Inglaterra. Jarvis tenía un Orbitel 901, el primer teléfono en ofrecer ese servicio. Como suele suceder en estos casos, el mensaje era todo menos trascendental: «Merry Christmas». A esa felicitación navideña le sucederían millones en idénticas fechas, con líneas saturadísimas mientras Ramón García sacudía su capa. Píldoras extremadamente cuidadas, obras de orfebrería en las que se conseguían reunir datos con la pulcritud de un documentalista. Tenías dos euros de saldo y no podías desaprovecharlos con espacios malgastados. En los SMS concurrían una escritura poco canónica, plagada de abreviaturas y emoticonos, y un grafismo sencillo, útil, de fácil interpretación, que consiguió revolver las pelusas de cualquier sofá de la Real Academia de la Lengua. Incluso llegó a existir un Comité Contra las Faltas Voluntarias y el Lenguaje SMS. En esa época de austeridad gramatical, los que escribían con puntuación y respetando las letras eran considerados una rara avis. Decenas de expertos apocalípticos se llevaron las plumas a la cabeza esgrimiendo que el fin de la corrección ortográfica estaba cerca.
  Años después, los SMS continúan vivos. Si consigues encontrar cómo acceder a ellos entre la maraña de aplicaciones de tu pantalla ahí estarán: los SMS de tu óptica felicitándote el cumpleaños, los de ese amigo *homoesemesis* que planta romántica resistencia a WhatsApp, o el «¿Dónde estáis?» de tu amiga en aquel festival en el que no había cobertura.

- **La reescritura de SMS con cualquier llamada entrante.**

- **Las pausas para escribir si varias letras de la palabra coincidían en la misma tecla.**
  Escribir «Abracadabra» *podía llevarte un mes completo.*

- **El juego de la serpiente.**
  Pongámonos serios en este punto. Si tu móvil no tenía el juego de la serpiente la exclusión se cernía sobre ti. Siempre podías optar por cogerle a escondidas el teléfono a tus padres y volver a batir tu propio récord (evidentemente siempre era tuyo), pero no era lo mismo que disponer de la serpiente de forma ilimitada. El juego se convirtió en un estándar pregrabado en los teléfonos Nokia en 1998. En la prehistoria de los píxeles la partida consistía en una serpiente que iba aumentando de tamaño a medida que comía o recogía diferentes objetos. Si chocaba con parte de su cuerpo la partida finalizaba.

- **Las carcasas intercambiables.**

- **La cámara.**
  Jajajaja. No, aquellos vetustos teléfonos no tenían cámara. Si estábamos en un concierto de Estopa nos teníamos que conformar con sellar el espectáculo en nuestra retina o rememorarlo tras revelar las fotos. Si salíamos de fiesta teníamos que portar la cámara en el bolso como un paparazzi apostado a las puertas de «Cantora».

- **Los teléfonos con concha.**
  También conocidos como *clamshell,* nos convertían automáticamente en un ejecutivo de Nueva York paseando por la Gran Manzana. El Motorola StarTAC, el padre de este tipo de teléfonos, fue uno de los más representativos de la tecnología móvil.

Y EL MUNDO NUNCA VOLVIÓ A SER IGUAL

Mientras escribo estas líneas mi smartphone vibra con rotundidad sobre la mesa, señal inequívoca de que acabo de recibir un correo o, en el peor (y más posible) de los casos, de que me acabo de quedar sin batería.

El primer smartphone de la historia nació cuando todavía jugaba a la serpiente y trataba de disimular mi acné con kilos de corrector facial. Fue en

1992, cuando el IBM Simon fue presentado en el COMDEX. El Simon ofrecía una interfaz basada en una pantalla táctil, sin botones físicos, con texto predictivo, agenda, funciones de pager y fax.

Pero la proliferación de los smartphones llegó gracias a Apple. El gigante de la manzana ya había cautivado al mundo con el iPod cuando el 29 de junio de 2007 desembarcaba el iPhone en el mercado. El lema de la edición no podía ser más sugerente: «Los últimos treinta años no han sido más que el principio. Bienvenido a 2007». Pónganse cómodos. Bienvenidos al futuro.

La tienda de Apple de Manhattan todavía no había abierto sus puertas esa mañana y frente a la entrada principal ya comenzaban a agolparse cientos de curiosos y devotos de la marca esperando para hacerse con aquel dispositivo táctil (el mejor lápiz: nuestros dedos) que servía para navegar, usar aplicaciones y escuchar música. Era como un reproductor de música, con una pantalla de 3,5 pulgadas, que permitía conectarse a Internet y hablar por teléfono con la solidez de una línea fija. «Hoy Apple reinventa el teléfono», aseguró Steve Jobs. Y no se equivocaba: con la aparición del iPhone la revolución fue completa.

Apple nació cuando a mediados de la década de 1970 dos amigos adolescentes tuvieron una idea: fabricar una computadora personal cuyo uso fuese sencillo. Se llamaban Stephen Wozniak y Steve Jobs. Ninguno sabía que revolucionarían —junto con Microsoft e IBM— el mundo actual. El ensayista estadounidense John Perry Barlow llegó a decir que Steve Jobs «creó mucho hardware y software de gran calidad, pero con los años su mejor invento fue él mismo». El gurú de la dirección artística publicitaria, Lee Clow, aseguró tras la muerte de Jobs que «lo que hizo, simplemente, fue que el mundo sea mejor».

Con Apple había nacido una religión, mucho antes de la llegada del primer teléfono inteligente. Su exclusividad, su falta de encaje respecto a lo común, su diseño..., consiguieron que sus devotos se multiplicaran por

todo el mundo, redefiniendo un estilo de vida y bendiciendo sus creaciones. Incluso crearon un club llamado The Apple Core, cuyos miembros se enteraban de las noticias a través de un boletín titulado *The Cider Press*.

De la cabeza de Steve Jobs salió la Macintosh, el iPod, el iPhone, el iPad y los Mac. El periodista Walt Mossberg firmó su última columna en *The Wall Street Journal* señalando los grandes hitos tecnológicos de los últimos años en los que Apple tenía un lugar destacado.[2] El Newton MessagePad (1993), un ordenador portátil de Apple que pese a ser un fracaso creó una forma temprana de inteligencia artificial; Netscape Navigator (1994), el primer éxito de navegador web; Windows 95 (1995), el sistema operativo de Microsoft que cimentó la interfaz gráfica del usuario y el ratón como modo de usar el ordenador; Palm Pilot (1997), uno de los primeros smartphones; Google Search (1998), el buscador que lo volvió todo rápido; iPod (2001), el reproductor digital que revolucionó la industria musical; Facebook (2004), donde Internet se convirtió en un medio social; Twitter (2006), donde todo se volvió instantáneo; iPhone (2007), el primer teléfono inteligente que era realmente inteligente; Android (2008), el sistema operativo con el que respondió Google; MacBook Air (2008), el mejor portátil de la historia según Mossberg, y iPad (2010), la tableta que cambiaría el mercado.

EL INGENTE CAMBIO COMUNICATIVO

Todos estos productos han supuesto un antes y un después a nivel comunicativo, aunque el cambio fundamental llegó con la aparición de Internet. La «autopista del pensamiento» había tenido su precursor en los telégrafos del siglo XIX. En efecto, los mensajes telegráficos desataron la mayor revolución en las comunicaciones tras el desarrollo de la imprenta y en ciertos aspectos los usuarios de Internet somos herederos de la tradición telegráfica.

De la comunicación uno a uno, como la comunicación oral, a través del teléfono o el servicio postal, pasamos a un proceso de comunicación de uno

a todos, con los libros, la televisión o la radio. Y ahora mismo nos encontramos inmersos en una extensa red formada por millones de conexiones, de todos con todos, una inabarcable malla similar a la del árbol de personajes de *Star Wars*. El emisor ha dejado de ser un mero receptor pasivo, convertido ya en una parte activa de esa estructura multicomunicativa, sin limitaciones espacio-temporales como las que existían anteriormente.

Todo lo que hacemos o decimos tiende a difundirse por nuestra red y tiene cierto impacto en nuestros amigos (un grado), en los amigos de nuestros amigos (dos grados) e incluso en los amigos de los amigos de nuestros amigos (tres grados). A partir de ahí la influencia se va diluyendo, como en el juego del teléfono escacharrado.

La pequeñez del mundo se puso de manifiesto con la teoría de los seis grados de separación ideada por Stanley Milgram. Quizá la teoría más famosa del mundo esgrime que todos los habitantes del planeta estamos conectados por una media de seis personas. En 1960 entregó a cien personas de Nebraska una carta dirigida a un hombre de negocios que vivía en Boston. Milgram pidió a esos cien elegidos que enviasen la carta a la persona con más posibilidades de conocer a ese bostoniano. Así fue como constató que, de media, hacían falta seis destinatarios para que la carta llegase al receptor descrito. De que el mundo es un pañuelo te das cuenta cada vez que entras en el perfil de un desconocido en Facebook y compruebas alarmado que tenéis seis amigos en común, que tampoco se conocen entre ellos. ¿Cómo narices es posible?

La inclinación innata a relacionarnos se desarrolla ahora en este nuevo entorno, fundamentalmente artificial, en el que todo se magnifica y muchas veces distorsiona. Estamos en contacto permanente con personas de nuestro círculo más cercano, pero también con personas desconocidas. En las nuevas redes sociales hemos ido tejiendo vivencias completamente paralelas a la vida 1.0, con vínculos afectivos tan reales como los que tenemos en la vida no virtual. Yo misma tengo un estrecho vínculo afectivo con personas de Twitter cuyo avatar es un dibujo animado. Personas

de las que no conozco su nombre real, ni su edad, ni su profesión, ni su procedencia, ni siquiera su sexo. Sin embargo, siento que las conozco de toda la vida porque hemos pasado muchas horas juntos riéndonos del *Eccehomo* o del último meme en hacerse viral. Y claro, eso une.

Uno de los aspectos más importantes de la nueva era es la velocidad, la de la aparición de nuevas tecnologías, pero especialmente la de la información almacenada, procesada y transmitida, propiciada por la escala masiva de interacciones sociales virtuales. A golpe de clic podemos participar en esfuerzos colaborativos online, estampar nuestra firma para conseguir un permiso de maternidad de 32 semanas, alquilar una habitación de un piso privado en un barrio de Amberes, compartir coche en un viaje Madrid-Murcia, conocer al amor de nuestra vida o comprarle a un señor de Albacete una máquina manual de serigrafía de cuatro brazos que ha puesto en un portal de compraventa: interacciones sociales con redes de desconocidos de las que antes no teníamos, ni remotamente, opción.

El humorista Stephan Colbert ha definido este proceso de brutal interacción social como «wikialidad»: «Una realidad en la que si un número suficiente de gente se cree algo, ese algo se convierte en realidad». Su premisa era la siguiente: ¿qué sucede si miles de personas pretenden actualizar al mismo tiempo un mismo concepto en diferentes entradas de la Wikipedia, incluso de forma deliberadamente errónea? En su programa «The Colbert Report» animó a los telespectadores a modificar la entrada «elefante» para que constara que, en lugar de disminuir, su población se había triplicado.[3] Como resultado inmediato, hasta veinte entradas de la Wikipedia en inglés que hacían referencia a elefantes fueron bloqueadas por sus administradores, o bien pasaron a estado de semiprotegidas. Si ahora mismo escribiésemos en Wikipedia que en España existió una Tercera República es posible que se terminase autovalidando y para muchos se convirtiese en una realidad.

Huelga decir que tener un mayor acceso a la información no quiere decir que estemos mejor informados. Por ejemplo, el 27 de marzo de 2014 a las

16.01 horas la cuenta oficial de Twitter del 112 de Canarias informó de la caída de un avión de pasajeros a dos millas de la costa de Gran Canaria. Los medios de comunicación y redes sociales se hicieron eco casi de inmediato del supuesto accidente, dado que procedía de una fuente oficial —el 112— que citaba a otra fuente oficial (control aéreo canario). Incluso circulaban por la Red fotos del supuesto avión acompañadas por mensajes alarmistas que hablaban de un amarizaje en el Atlántico. En pocos minutos incluso supimos, por ejemplo, que se trataba de un Boeing 737 y que a bordo iban unos cien pasajeros. Unos minutos más y hubiésemos revelado el historial clínico y sentimental de los pilotos. No obstante, tan solo unos segundos después se desmentía el supuesto accidente: el avión que había amerizado de forma espectacular poniendo en vilo a medio país era en realidad una grúa sobre un remolcador que, en la distancia, parecía una aeronave. ¿Era un pájaro? ¿Un avión? No, una grúa.

El crecimiento hiperbólico que puede experimentar la información que está a nuestra disposición es muy superior a nuestra capacidad de procesarla o almacenarla. Sin embargo, lo de vivir hiperconectados tiene algo de positivo: si no logramos procesarla o memorizarla siempre nos quedará el recurso de consultar en Google nuestras dudas.

Bienvenidos a la nueva era en la que todo se sabe o todo es susceptible de conocimiento, a un mundo hipersocial en el que puedes hablar vía Facebook con tu amigo que vive en Canadá mientras ignoras deliberadamente a tu compañero de trabajo que tienes enfrente, a un terreno de accesibilidad ilimitada en el que los smartphones y las nuevas tecnologías se han convertido en una extensión de nosotros mismos —y los cargadores, en una extensión de nuestros bolsos y bolsillos—, a un universo de aplicaciones que te permiten infinitas e infructuosas posibilidades: conocer cuál es tu consumo de gasolina, monitorizar tu sueño, comprobar si alguien te está mintiendo o saber si hay medusas en esa playa de Barcelona a la que llegarás en media hora: la nueva despensa de los datos. Bienvenidos, en suma, a un horizonte tecnológico en el que surgen y surgirán infinitas posibilidades, tanto positivas como negativas.